

debían hacer de Rosa la artista eminente que ha sido más tarde; bien entendido que sobre el papel que había escrito para ella la hice hacer sus estudios más profundos, apoyándolos con la doble importancia de autor y maestro.

Ese papel lo sabía ella de memoria, poseía sus más pequeños matices, había explorado sus más delicados pliegues; de manera que estaba admirable en esa obra que no tenía dificultad ni secreto para ella. Como Pigmalion, yo veía animarse mi estatua, y engreído y trémulo, me pasmaba de haber creado aquella suprema beldad. Yo tenía los sublimes goces del estatuario griego, pero, más dichoso que él, estaba seguro del amor de mi Galatea.

Mi drama se halló terminado al mismo tiempo que la educación de Rosa, y no me restó más que el pensar en las diligencias que debían contribuir á la realización de mis ardientes votos: la representación de la obra y el estreno de la actriz.

Hasta entonces me había adormecido también en mi felicidad última; había confinado tanto mi vida en los goces domésticos, que no me había formado ninguna relación exterior. Halléme aislado como en los primeros días de mi llegada á París, y no conocía á ningún director de teatro, pues desde mi reunión con Rosa habían trascurrido tres meses como un sueño, y los dulces cuidados con que me ocupaba de ella y de su porvenir, me habían absorbido completamente. De esos cuidados de cada momento, de esa comunión de almas que nos identificaba, mi ternura hacía ella había salido más fuerte y más seria, y comprendía los deberes que me imponía al paso que saboreaba los derechos que me daba. No consideraba ya nuestras relaciones como un vínculo pasajero, sino que quería hacer nuestro amor duradero y respetado uniendo para siempre su vida á la mía, para lo cual había resuelto en mi corazón el casarme con mi amiga... ¡Amoroso sueño acariciado en el santuario de mi pensamiento, que yo le había callado, queriendo hacer de él una sorpresa y una recompensa el día de nuestro triunfo! Quizás cometí una falta con este silencio... ¿Ha influido en los acontecimientos que tuvieron lugar? ¿Habrían estos sido otros sin él? No lo sé; pero si cometí una falta, la he expiado bien cruelmente.

De todas sus antiguas amigas, Rosa solo había conservado una, que era una joven á quien había conocido en sus cursos de declamación y que, como ella, se destinaba á la carrera dramática. Llamábase Julia, tenía veinte años, y codiciaba el papel de graciosa que estaba en evidente armonía con el carácter de su fisonomía y su agudeza, pues era imposible hallar ojos más vivarachos, nariz más arremangada, ni mejillas con hoyuelos más lindos. Además, era alegre, viva, reidora, siempre negligente, burlona y á veces impertinente; pero sabiendo compensar sus defectos con una sincera adhesión á las personas á quienes amaba. Solo ella había seguido frecuentando nuestra humilde morada, sin que tuviese valor para prohibirla su acceso, pues si bien su sociedad me parecía algo lijera, y sus modales de un gusto dudoso, era buena amiga, y su verbosidad satírica, sus chistes imprevistos, y su constante buen humor, animaban nuestra casita y divertían á Rosa á quien yo no quería privar de ninguna distracción.

Una mañana, entró Julia en nuestra casa con los ojos más brillantes, el aire más determinado y la voz más vibrante que de costumbre. Era evidente que le había ocurrido alguna cosa feliz. Al entrar arrojó sobre una silla su chal y su sombrero, y principió á bailar. Nosotros, acostumbrados á sus originalidades, la mirábamos riéndonos, cuando de súbito se paró y dijo:

— ¡Amigos míos, á todo trabajo llega su recompensa! Felicitadme.

— ¿De qué? preguntó Rosa.

— Al fin soy actriz. Acabo de contratarme.

— ¿Verdaderamente?

— Aquí me teneis hecha una graciosa; mi sueldo no será gran cosa, pero es preciso comenzar, y espero que las cosas cambiarán más tarde.

La felicitamos sinceramente de un resultado tan ventajoso como inesperado, y Julia, abrazada, cumplimentada y festejada, nos detuvo, diciendo:

— Amigos míos, no dudaba de vuestra alegría, pero ahora se trata de vosotros. El teatro en que entro es hermoso, y la compañía excelente para el drama, y allí es donde hay que acudir. Se representará en él vuestra pieza, y contratarán á Rosa, ó no me he de llamar Julia. Contad conmigo; mi divisa es: vencer ó morir juntos. Si me juzgais digna de recompensa, dadme el papel de paje y estoy segura de estrenarme bien. Ahora, os dejo para ir á hacer conocimiento con mis nuevos camaradas... ¡Adios!

Y tomando su chal y su sombrero, salió como había entrado, sin darnos tiempo para responderle.

Aquella visita nos causó una impresión profunda, y la marcha de Julia nos dejó muy pensativos. Sentados cada uno en un rincón del cuarto, nos mirábamos sin hablar palabra; aguardando el fin de un silencio que ninguno quería romper el primero, hasta que por último me decidí yo á romperlo y dije:

— Julia tiene razón; sus consejos son buenos. Mañana iré á presentar mi drama.

Rosa sonrió y me alargó la mano. Yo había adivinado su pensamiento como siempre.

El día siguiente tomé mi manuscrito enrollado con mucho cuidado, y me encaminé lleno de confianza hacía el gabinete del director de Julia; pero ignorante como entonces estaba de los usos del mundo dramático, no había previsto los obstáculos que me aguardaban. Primeramente, la completa ignorancia de mi nombre hizo que me negasen la entrada, diciéndome que el director estaba ausente; el día siguiente, me respondieron que estaba muy ocupado para recibirme, que su tiempo estaba contado, y sus negocios eran inmensos; de consiguiente me fué forzoso resignarme y confiar á manos subalternas mi precioso manuscrito y su suerte. En esa vía, aun me estaba reservada una nueva decepción: trascurrieron los días sin traerme la respuesta tan ansiada, y mi fé, á pesar de su robustez, principiaba á flaquear, porque había escrito las cartas más urgentes sin ver romperse aquel silencio despreciativo. Rosa se desesperaba; pues con la espontaneidad de deseo é imaginación que hace á las mujeres y los niños confundir el deseo y su realización inmediata en el mismo círculo de ideas, lo había creído todo ganado hacia poco, como entonces lo creía todo perdido. Abandonóla el valor al mismo tiempo que la confianza; alojóse la fibra de su energía para el trabajo; descuidó los estudios, y le faltó poco para quemar los libros y manuscritos y volver á la labor de aguja tan menospreciada antes. Rosa tenía un carácter apacible y dulce, propio para los triunfos fáciles y no para las rudas emociones de la lucha, y debía palpar bien luego esta verdad. En cuanto á mí, aunque mi convicción era más profunda y mi corazón más firme, confieso que de vez en cuando me sentía invadido de un amargo desaliento y picado por las lancetadas de una cólera sorda.

Nos hallábamos en esa disposición recíproca, cuando nos llegó un socorro inesperado, debido á la intervención de